

Pasión de una entrega

CARTA 1997

En tus oscuridades se enciende un fuego que no se apaga jamás.

Tú que querías ser portador de un fuego hasta en las noches de la humanidad, ¿dejarás crecer dentro de ti una vida interior que no tenga comienzo ni fin? Esta vida interior es una tierra de fuego. Incluso oculta bajo las cenizas, enciende la pasión de una espera.

Lo que más cautiva de tu existencia es el continuo desarrollo de una vida así dentro de ti. Ahí está la aventura humana más inaudita.

Si la confianza del corazón estuviera en el principio de todo... si ella precediera toda acción pequeña o grande... tú irías lejos, muy lejos. Percibirías personas y acontecimientos, no con esta inquietud que te aísla y que no viene de Dios, sino desde una mirada interior de paz. Y así llegarías a ser un fermento de confianza y de paz hasta en los desiertos de la comunidad humana, incluso allí donde se desgarran.

Por toda la tierra, muchos otros contigo, creyentes o no creyentes, buscan ya ser levadura de confianza entre los pueblos. Aspirando a una curación de los desgarrones entre el Sur y el Norte, entre el Este y el Oeste, se levantan entre los seres humanos como signos de lo inesperado.

Se les reconoce. Se han construido en horas de pruebas incomprensibles. Contra viento y marea, perseveran a pesar de los inmovilismos.

Toda criatura humana conoce los desiertos del miedo. Pero, dondequiera que estés, Cristo susurra en ti: "Confianza del corazón... reposa en paz sólo en Dios. ¿Tienes miedo? Estoy aquí."

En el silencio interior, descubre su paz. Él la ofrece en toda situación, en el tumulto de una muchedumbre, en la labor más exigente...

Pero tú dirás, mi medio de trabajo, un ambiente de duda, todo un pasado me llevan tan lejos de la fe en Dios...

La fe no es teoría. Incluso cuando Dios permanece incomprensible, lo esencial no está en comprender primero a Dios, sino en darle tu confianza.

Y un día ya no faltan palabras para expresar tal reflejo de este misterio indescriptible que es Dios. Disciernes los contornos. Lo conoces a través de Cristo Jesús: Él es la transparencia de Dios.

La confianza del corazón, que procede de la fe, no consiste en ver lo maravilloso por todas partes, como si tuviera un poder mágico.

A menudo, retenida en las profundidades de ti mismo, esta confianza necesita escalar todo tu ser, como si tuviera que remontar desde lo más recóndito hacia la conciencia clara.

En cada instante, encomiéndate al Espíritu Santo; y cuando lo olvides, abandónate de nuevo. En el silencio del corazón, e incluso en tus desiertos, algunas veces a través de una sola palabra el Espíritu Santo te habla.

Cuando tus esperanzas sean defraudadas ¿te dejarás sumergir por el desánimo y la duda? El Resucitado está ahí. Él quema tus pruebas interiores, tus propias entrañas. Incluso las piedras de tu corazón pueden, por él, volverse incandescentes, luz de la oscuridad.

En cada ser existe una capacidad espiritual que no procede de sí mismo. Puede rehuirla, rechazarla, pero ella está siempre ahí. No se aparta nunca; es una fuente de confianza depositada por el Espíritu del Dios vivo. Es la pasión de una espera. De ahí brota todo.

Si fuera posible sondear un corazón, el asombro estaría en descubrir, en lo más hondo, una espera, la silenciosa espera de un amor.

Cuando te creas poco amado, poco comprendido, Cristo Jesús te dice sin cesar: "¿Lo sabes? Yo te he amado primero. ¿Tú me amas?" Y balbuceas tu respuesta: "A ti, Jesús, yo te amo, quizá no como quisiera, pero te amo."

Una vida dentro de ti. Es también un poema del espíritu de Dios, realización de una esperanza.

Cristo resucitado, hoy, mañana y siempre, tu Espíritu nos habita.

Algunas veces nos parece que comprendemos tan poca cosa... Pero mantenernos en tu presencia, dondequiera que estemos, es rezar. Y quizá cerca de ti, Cristo, a menudo el silencio es el todo de la oración.

Entonces presentimos que, a través de la existencia, avanzamos cuando nuestra confianza en ti precede a todos nuestros actos, cuando la confianza del corazón está en el principio de todo.

El traumatismo más fuerte de nuestro tiempo

El que aspira a vivir el “sermón de la montaña” querría llegar a ser el compañero de los pobres. Pero, ¿dónde están los pobres? En todas las partes a lo largo de la tierra.

En muchos sitios del mundo, como en Calcuta, hay moribundos visibles... En una civilización occidental, numerosos jóvenes son verdaderos moribundos invisibles. Exteriormente se parecen a todos los demás: estudian, aprenden un oficio y trabajan, pero no saben dónde echar sus raíces.

Incluso estando sedientos de una vida espiritual, muchos jóvenes se ven invadidos por una duda sutil. Los proyectos de sociedad, elaborados por las generaciones precedentes, les desconciertan. Algunos han sido marcados por los abandonos humanos, alcanzados hasta en sus profundidades por fisuras, las rupturas familiares. Ya no saben para qué existir, se preguntan si la vida tiene aún un sentido. Ellos son también los pobres de la tierra.

Un joven de Nueva York decía de la parábola de hijo pródigo: “En mi familia no es el hijo el que se ha ido, es el padre el que nos ha dejado”.

Hay padres que aún atendiendo a las necesidades materiales, son los grandes ausentes en la relación con sus hijos.

En Occidente, el corazón de muchos jóvenes y de otros menos jóvenes se muere de abandono.

Sí, los abandonos humanos son el traumatismo más fuerte, la herida más profunda de nuestro tiempo.

Rupturas generacionales, situaciones trastornadas. En Occidente hay personas de edad que, sin que materialmente les falte nada, terminan sus vidas en el aislamiento, como si no tuvieran otra cosa que hacer más que esperar la muerte.

Tantas mujeres y hombres de edad avanzada que piensan que ya no valen, que no han hecho nada. Y sin embargo saben escuchar sin juzgar, y comprenden todo de los demás.

Saben amar; saben sufrir. En ellos está la confianza límpida. ¿Quién besará sus gastadas manos para darles las gracias por haber preparado los caminos?

En todas las edades, Dios confía alguno o algunos para escucharles y acompañarles hasta las fuentes del Dios vivo.

Tales fuentes vienen de Dios, nadie puede crearlas. El que quisiera hacerlo no conduciría hacia Dios sino hacia sí mismo. Esta actitud tiene un poder de confusión. Para el evangelio no hay maestros espirituales.

Para el que acompaña a otros hacia las fuentes, esta palabra se vuelve ardiente: lo que hagáis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, es a mí, a Cristo, a quién se lo hacéis.

Espíritu del Dios vivo, cuando la duda y las indecisiones para acogerte parecerían sumergirlo todo tú estás allí presente.

Tú reanimas el fuego que dentro de nosotros arde bajo las cenizas. Este fuego lo enciendes con nuestras propias espinas, con lo que nos duele de nosotros mismos y de los demás, hasta tal punto que, incluso las piedras de nuestro corazón, por ti, pueden volverse incandescentes, luz en nuestras tinieblas y aurora en nuestra oscuridad.

En una brisa silenciosa

Pronto hará tres mil años que un creyente llamado Elías tuvo la intuición de que Dios habla en el desierto y que una silenciosa confianza que brota del corazón está al principio de todo.

Su pueblo se entrega a toda clase de creencias, sin importarles nada las formas. La fe desaparecía. Esta tendencia se repite a lo largo de la historia de la humanidad: todo, excepto el Dios vivo.

Elías hizo lo imposible para hacerse entender, y no lo consiguió. Desanimado, no pudiendo más, pide a Dios que lo deje morir.

Un día Elías es llamado a ir al desierto del monte Sinaí para escuchar a Dios. En el Sinaí, un huracán se desencadena, seguido por un terremoto; después un fuego violento. Pero Elías comprende que Dios no se manifiesta en estos estallidos de la naturaleza.

Quizás fue una de las primeras veces que, en la historia, se escribe una intuición tan clara: Dios no se impone por la violencia, no se expresa a través de medios poderosos que dan miedo. Hoy, como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de los cataclismos, de las desgracias, del sufrimiento humano.

Después, en el Sinaí, todo recobra su calma. Entonces Elías oye a Dios como en un susurro. Y se le manifiesta esta realidad sobrecogedora: a menudo la voz de Dios pasa por una brisa silenciosa.

Dios no quiere nunca imponerse a nadie.

Dios no pide que forcemos las manifestaciones del Espíritu, porque eso sería encender fuegos artificiales sin ningún porvenir. El que se entrega a un juego así cree percibir a Dios, cuando lo que ve no es más que una proyección de su propio yo. Querer llevar a otros hacia experiencias forzadas del Espíritu de Dios, sería conducirlos hacia lo ilusorio, incluso hacia un abismo.

Hoy como ayer, su voz jamás calla. A menudo se la puede escuchar como en una brisa silenciosa.

¿El aparente silencio de Dios ocultaría una comunión, donde “el abismo llama al Abismo”? El ser humano no tiene fondo, ¡hay en él como un abismo! Pero Dios ya está ahí, en él.

¡Dichoso el limpio de corazón! Descubre que incluso bajo los silencios del evangelio, el mayor misterio que puede haber es el de la presencia continua de Jesús, el Resucitado, ofrecida a toda criatura humana.

En todo, el silencio interior. Incluso cuando Cristo Jesús desaparece en nosotros, él está presente.

Hay quienes, a lo largo de una vida, piensan que no saben rezar. ¿Lo ignoran? Ellos son visitados. En la gloria del silencio de Dios, en un susurro, Dios habla humildemente. Mantenerse en silencio en su presencia, para acoger su espíritu, es ya rezar.

Aunque a veces nuestra oración no sea más que un pobre balbuceo, eso no es lo más importante. Las realidades del reino no se miden. En cierto sentido, es quizá mejor así: alegrémonos de que, por ello, Dios nos da la humildad.

Y Dios comprende todos los lenguajes humanos. Él comprende nuestras palabras, pero comprende también nuestros silencios. Y el silencio es a veces el todo de la oración.

No lograr un silencio interior a cualquier precio, suscitando en sí como un vacío, acallando imaginación y reflexión.

En la oración, reflexiones e imágenes atraviesan el espíritu. Quizá sean necesarias para los equilibrios interiores. A quien se sorprenda diciendo: “Mis pensamientos se pierden mi corazón se dispersa”, el Evangelio responde: Dios es más grande que tu corazón.

Es inútil imponerse a sí mismo o a los otros métodos para forzar el silencio interior. El conocimiento de ciertos principios para sostener el cuerpo y la respiración es a veces necesario. Pero de ahí a erigirlos en recetas o en querer hacer escuela hay un buen margen.

Cuando la oración está sometida a una técnica, el ser humano construye a partir de sí mismo. Todo sistema, incluido el misticismo, corre el riesgo de alcanzar un Dios fabricado por las proyecciones humanas.

Dichoso el limpio de corazón porque verá a Dios. En cada uno, el reino interior no tiene principio ni fin.

Espíritu de Cristo Resucitado, tú sabes cuál es la intención de nuestro corazón, tú penetras nuestras profundidades, tú miras y discernes una espera.

Lejos de detenernos en los repliegues interiores y enterrar los dones recibidos de tu mano, querríamos, cada día, disponernos para acoger la fe, esta confianza en tu misteriosa presencia.

Tú, el Dios vivo, concédenos escucharte. Tú nos hablas con una infinita discreción. Muy a menudo, tu voz se siente como en una brisa silenciosa.

Un sí que arriesga

Si la confianza del corazón estuviera en el principio de todo... por ella estaríamos dispuestos a la audacia de un sí para toda la vida.

En el evangelio, Jesús, el Cristo, habla de un joven que es llamado para ir a trabajar a una viña. Este joven responde: "No, no iré." Luego se retracta y va. Es el sí.

Otro escucha la misma llamada y responde: "Iré." Pero no va. Su sí ha sido un fuego de paja.

En este relato evangélico, se habla de un sí muy serio, un sí para ir siguiendo a Cristo durante toda la vida.

La audacia de un sí se encuentra, para algunos, en su respuesta a la llamada de Cristo en la fidelidad del matrimonio.

En este período en que se producen tantas rupturas familiares, los que optan por el matrimonio, ¿asumirán el desafío de perseverar hasta el último aliento? Esta perseverancia es el reflejo de la fidelidad del mismo Cristo.

Cuántos niños se han visto marcados por los abandonos humanos. Y han perdido la esencial confianza para existir. En cuántos jóvenes las rupturas familiares han herido la inocencia de la infancia o de la adolescencia. Al no haber podido dar su confianza a quienes les habían transmitido la vida, la confianza en Dios se oscurece. Ellos conocen los desiertos del corazón.

Las rupturas afectivas: ¡nada desgarrar tanto! Y aparecen los desencantos, la interrogación escéptica: ¿Para qué existir? Sin amor ¿tiene sentido la vida?

¿Se convertirá, cada hogar, en una "pequeña iglesia de Dios", una "iglesia doméstica", un lugar de acogida, de oración, de fidelidad y de compasión para todos aquellos que están alrededor?

También Cristo llama a otros a seguirle con un sí, durante toda una vida, en el celibato.

Quien se ponga a pensar que este sí compromete toda la existencia puede tener miedo. Se presenta la inmensidad de lo desconocido. Toda una vida ante sí: ¿Cómo podré resistir? ¿Quién está construido interiormente para un don semejante de sí mismo? En un primer momento surge la vacilación y el no, en un sobresalto casi inherente a la condición humana.

Pero he aquí que un día sobreviene el asombro de encontrarse en marcha siguiendo a Cristo: un sí fue depositado por el Espíritu de Dios en lo más recóndito del ser, en lo que denominamos el inconsciente humano.

Al dejar ascender este sí de las profundidades de uno mismo, es posible decir: sí, quiero.

Lo que más cautiva en este relato evangélico es que el joven empezó diciendo que no. Dios, que no se impone nunca, no quiso forzar sus labios.

Pero el joven comprendió que su rechazo era en él como una alienación. Si decía que no, ya no era consecuente con lo que le habitaba, el Espíritu de Dios que, en sus profundidades, decía sí, el mismo sí de María.

¿Puede imponerse una vocación de Dios no deseada hasta tal punto que haya que asumirla un día? El profeta Jeremías escribía de su propia experiencia: "Me decía: no pensaré más en Dios, no hablaré nunca en su nombre. Pero había en mí, en lo más profundo de mi ser, como un fuego devorador. Yo quería retenerlo, pero no pude."

Un sí a causa de Cristo conlleva un riesgo. Te coloca en la imposibilidad de huir de ti mismo y de las solidaridades esenciales.

Este sí a veces nos agita. Y nunca es cómodo verse sacudido; la condición humana tiene fragilidades que no admiten las conmociones.

Este sí te mantiene en vilo. Te mantiene con los ojos abiertos. ¿Podría este sí adormilarse e incluso dormirse? ¿Podría huir de Cristo en la comunión de su Cuerpo, la Iglesia sacudida por todas partes, y huir de un mundo surcado de pruebas?

Este sí para toda la vida es un fuego. Es un desafío. Arde el fuego sin extinguirse. Y el sí se abrasa en el interior.

Este sí es un riesgo. No puede ser de otro modo.

Si la confianza del corazón estuviera en el comienzo de todo...

Señor Cristo, para el que escucha tu llamada a pronunciar el sí de toda una vida, puede surgir la indecisión y el miedo.

Pero he aquí que tú has depositado este sí en el fondo de lo más inconsciente de nuestro ser. Y un día llega el asombro de encontrarse en el camino avanzando en tu seguimiento.

Este sí mantiene en vilo. ¿Cómo adormecerse cuando la Iglesia está sacudida por todas partes y el mundo está surcado de pruebas?

Este sí conlleva un riesgo. Pero tú lo ofreces para siempre, y está en cada uno.

Una parábola de comunión

Frente a la urgencia de una presencia evangélica en el corazón de la familia humana, somos conscientes de la desproporción existente entre nuestra comunidad y los amplios horizontes que se abren en vísperas de un nuevo milenio.

¿Qué eres tú, pequeña comunidad? ¿Un instrumento de eficacia?

No. Nunca. Por muy hermoso que sea.

¿Un grupo de hombres reunidos para ser humanamente más fuertes con vistas a realizar su propio proyecto?

Tampoco.

¿Llevaríamos una vida común para, juntos, encontrarnos a gusto?

No. La comunidad llegaría entonces a tener su fin en sí misma, y esto nos llevaría a crear pequeños nidos. ¿Ser felices juntos? Sí, desde luego, pero en la ofrenda de nuestras vidas.

¿Quién eres tú, pequeña comunidad, repartida por distintos lugares del mundo?

Una parábola de comunión, un simple reflejo de esta única comunión que es el cuerpo de Cristo, su Iglesia, y por ello también un fermento en la familia humana.

¿A qué estás llamada?

En nuestra vida común sólo es posible avanzar redescubriendo una y otra vez el milagro del amor en el perdón diario, en la confianza del corazón y en una mirada de paz dirigida hacia los que nos son confiados... Alejándose del milagro del amor todo se pierde, todo se disipa.

¿Cuál puede ser para ti, pequeña comunidad, el designio de Dios?

Llegar a ser una comunidad viva buscando cómo acercarse a la santidad de Cristo.

Tanto en Taizé como en una fraternidad, cada hermano participa de la misma parábola de comunión. Más por la perseverancia del ser que por la del actuar, más por lo que él es que por lo que hace. Así, las pequeñas fidelidades cotidianas preparan y sostienen las fuertes continuidades de toda la existencia.

En nuestro caminar nos vemos siempre abocados a correr riesgos. Nuestra vocación nos expone a ellos. Sin embargo, nunca he dudado de la continuidad de nuestra comunidad. Se mantendrá. A través de dificultades, sin duda alguna, pero las superará.

Somos hombres que necesitan largas maduraciones, hombres trabajados hasta lo más profundo de sus ser por un continuo renacer de Dios.

Juntos tomamos conciencia del germinar de Dios que se realiza tanto en las oscuridades de la persona como en sus más evidentes aspiraciones.

Avanzar sin reparar en obstáculos, día a día, incluso cuando lo esencial no aparece ante nuestros propios ojos.

Buscar con inquebrantable resolución reconciliaciones entre los cristianos ¿no es acaso llegar a ser como una piedra viva en torno a la cual vienen a estrellarse las olas del entusiasmo o del escepticismo?

Huir de la vocación ecuménica por la reconciliación de los cristianos para colocarnos únicamente en los puntos neurálgicos del mundo contemporáneo pudiera resultar atractivo. A veces, en algunos no creyentes hay una gran lucidez, un vivo sentido de lo humano, una bondad. Entre ellos hemos podido respirar con más libertad que entre ciertos ambientes cristianos cerrados sobre sí mismos.

¿Por qué iba a asombrarse la comunidad de su sufrimiento en la Iglesia, a causa de su vocación por la reconciliación?... Siempre le queda abierto el camino de la sencillez, el de las bienaventuranzas.

Si nuestra comunidad (monástica en su esencia, aunque esta expresión tan cargada de historia, resulte de uso poco fácil) no estuviera profundamente enraizada en el cuerpo de Cristo, la Iglesia, si llegara a bastarse a sí misma, echaría por tierra su propia vocación, que es realizar el amor de una comunión.

El que sigue a Cristo, el que tiene la audacia de decir sí, elige amar. Incluso cuando sobreviene lo incomprensible, no consiente tomar distancia. Eso supondría quizá sufrir menos. Pero, en todo caso, sería protegerse y dejar que otros se expusieran en lugar de uno mismo.

Eterna pregunta desde hace veinte siglos, desde el comienzo de la Iglesia: ¿Por qué una relación con Cristo, vivida aisladamente, sin la comunión de su cuerpo, la Iglesia, conduce al creyente a replegarse sobre sí mismo, solo o con varios, adoptando actitudes individualistas?

Por su misma vida, Cristo aporta, con su transparencia, una respuesta. Lleva el nombre de santidad. Vino para todos, no para algunos privilegiados.

El que se acerca a la santidad de Cristo en esta única comunión de su cuerpo, la Iglesia, es conducido irremisiblemente, como un pobre de Dios, a buscar la transparencia, un rostro de niño, un corazón universal. Se convierte en fermento de reconciliación y hoy día, no podemos esperar un gran despertar de los cristianos sin una reconciliación.

Siguiéndote a ti, Cristo, elegimos no endurecer nuestro corazón sino amar, incluso cuando sobreviene lo incomprensible.

Tú quieres darnos todavía más: la paz de las bienaventuranzas. Esta paz está ahí, no lejos, sino muy cerca, y tú nos la ofreces desde la mirada de confianza que has depositado en nosotros.

Por tu espíritu infundes sobre nosotros la pasión de una espera, la espera de una comunión. ¿Cómo percibir sin ella la vocación a ser levadura en la masa de la comunidad humana?

A imagen de la Virgen María que, lejos de retener para ella misma a Jesús, su Hijo, lo ofrece al mundo, también nosotros querríamos darte lo que tú nos das.

La alegría de Dios sobre la tierra de los hombres

Hoy día son numerosos los cristianos que, con los no creyentes, intentan reducir el sufrimiento que hay sobre la tierra. Son numerosos los que ponen lo mejor de sus dones creadores allí donde existen abandonos humanos, la enfermedad, el hambre o una mísera vivienda. Comprenden la llamada de los pueblos "que viven en un país de sombras donde reina la muerte". Y son fermento de confianza y de paz para salir de una espiral de odio y de miedo entre las personas y entre los pueblos. Esto es esencial.

Sin embargo, si los cristianos fuesen únicamente portadores de un testimonio moral o social, los no creyentes podrían decirse: "Ellos no proponen nada tan diferente de lo que yo mismo hago."

En las sociedades secularizadas, los cristianos están llamados a situarse en ese punto en que la eternidad de Dios alcanza la comunidad humana y a dar signos de ello.

Desde las profundidades de la noche de la humanidad se eleva una secreta aspiración. Atrapados en los ritmos anónimos de los programas y los horarios, el hombre y la mujer contemporáneos, implícitamente, tienen sed de la realidad esencial: una vida interior, signos de lo invisible.

Cuando una oración común deje entrever sobre la tierra la alegría del cielo, la gente acude de todas partes para descubrir aquello de lo que inconscientemente, se estaba privado.

Nada lleva más a la comunión con Dios vivo que una amplia oración común, meditativa y accesible a todas las edades. Y dentro de ella esta cumbre de la oración que es el canto que no acaba nunca y que continúa luego en el silencio del corazón, cuando nos encontramos a solas. Los vientos pueden soplar, desecar a su paso, extender los desiertos... pero la sed no apagada encuentra sosiego.

Cuando el misterio de Dios se hace perceptible a través de la simple belleza de los símbolos, cuando no está sofocado por una sobrecarga de palabras, entonces una amplia oración común, lejos de destilar monotonía o aburrimiento, da paso a la alegría de Dios sobre la tierra de los hombres.

Y la presencia de todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños, es un símbolo que habla por sí solo y deja entrever que no hay más que una sola familia humana.

En el siglo IV después de Cristo, san Juan Crisóstomo escribía: hay algunos cristianos que "hacen de su vivienda una Iglesia conduciendo a todo el mundo hacia la fe, y abriendo su casa a todos los extranjeros". Y en otra parte añade: "No es poco hacer de su vivienda una pequeña Iglesia."

Por minúscula que sea una vivienda, puede convertirse en un lugar de alegría serena donde acoger a otros y acompañarlos hasta las fuentes de la fe.

Cuando llega alguien ¿por qué no llevarlo hacia un rincón de la habitación preparado para la oración, como hacen los cristianos del Este?

Sí, toda vivienda, incluso la de una persona que vive sola, puede ser como una pequeña iglesia doméstica: cuando las sociedades se secularizan, puede dejar a entrever lo invisible a través de algunos símbolos sencillos que recuerden la presencia de Dios.

Tú, el Dios vivo, en nuestras oscuridades enciendes un fuego que nunca se apaga.

A través del espíritu de alabanza, tú nos sacas de nosotros mismos. A nosotros, los pobres de Dios, nos has confiado un misterio de esperanza.

En la fragilidad humana has depositado una fuerza espiritual que nunca se aleja. Incluso cuando lo ignoramos ella está ahí dispuesta a conducirnos hacia adelante.

Sí, en nuestras oscuridades tú enciendes un fuego que nunca se apaga.

Abandonarse en cuerpo y espíritu

Seis siglos antes de Cristo, un creyente llamado Ezequiel describe todo el proceso de su vida interior.

Cuando era joven escribía: ¡Qué nunca lleguéis a tropezar! Es el lenguaje de un hombre que aún no ha pasado por las fuertes experiencias de una vida. Y añade estas voluntariosas palabras: "Haced un corazón y un espíritu nuevos."

Más tarde, y después de toda una maduración, su lenguaje cambió. Dios le dijo: "Yo os daré un corazón y un espíritu nuevos; pondré en vosotros mi propio espíritu."

En una vida de comunión con Dios, nada puede ser forzado. A veces, cuanto más queremos, menos podemos.

El que procura abandonarse a Dios en cuerpo y en espíritu se deja construir interiormente por algunas palabras muy sencillas del Evangelio, palabras que en un momento dado tocaron el fondo del alma. ¿Por qué no resumirlas en una breve recapitulación para que puedan resurgir en todo momento?

Esta recapitulación, pensada detenidamente, elaborada sin prisa, fruto de una lenta maduración, forjada la mayoría de las veces en las luchas, una vez descubierta, puede hacernos avanzar durante toda la vida.

No demasiadas palabras sino algunos valores esenciales del Evangelio, lo suficientemente sucintos y claros como para volver a ellos incansablemente. ¿Qué momentáneamente se olvidan? Podemos retomarlas en el instante mismo que aparecen en la conciencia.

Para el que se abandona al Espíritu del Dios vivo no fija su mirada en sus progresos o retrocesos. Como cuando se anda sobre una arista, él va hacia delante, olvidando lo que hay detrás. No intenta medir el imperceptible cambio interior. No sabe cómo, peor día y noche la semilla germina y crece.

Si hay una ascesis cristiana, ésta no surge de un voluntarismo ni de una moral de abstención. Tal ascesis, lejos de tener un fin en sí misma, es humilde respuesta a un amor.

Si es deseable rezar en momentos señalados, es por amor, no porque Dios obligue a ello: Dios nunca nos pone una cuerda al cuello para tirar de ella y forzar nuestro corazón.

No hay necesidad de inquietarse demasiado por saber qué privaciones imponerse. Vale más cumplir con sencillez lo que se nos pide cada instante. El corazón puede preferir, a veces, ciertas exigencias ideales en lugar de proseguir apaciblemente por el camino señalado.

Hay días en que la perseverancia resulta pesada. Peor sin ella se disipan los consentimientos. Esmerarse más en los tiempos de aridez que en los días en los que la fe nos conduce espontáneamente a la oración. Y recordar las horas llenas de una presencia.

Mitigar el formalismo y la rutina es permanecer fiel a la resolución tomada y, de ese modo, volver a encontrar un día el fervor y la adoración.

Para tomar un nuevo impulso, acoger en cada alba el día que llega. En cada uno, Dios hace cosas nuevas.

Lo más importante es vivir el hoy de Dios. Mañana será otro día.

Realizarse en el momento presente es vivir el hoy de Dios. Mañana será otro día.

Realizarse en el momento presente. El que se consagra al mañana hipoteca el hoy.

El entusiasmo y la alegría serena, sí. La pasión de una confianza. Y ella iluminará la noche.

“Tú que das de comer a los pajarillos del cielo y haces crecer los lirios del campo, concédenos alegrarnos con lo que tú nos colmas. Y que esto nos baste.”

Soplo del amor de Cristo, de ti recibimos la confianza del corazón. Tú la ofreces a cada uno. Y para el que te da su confianza abres las fuentes de donde brota lo inesperado, la frescura del evangelio.

A veces nuestra oración está muy desnuda. Es sólo un suspiro, un lenguaje torpe. Pero tú entiendes todos los lenguajes humanos y soplas sobre lo que en nosotros es frágil y vulnerable.

En una vida interior que no tiene ni principio ni fin, tú nos concedes reposar en ti de cuerpo y de espíritu.

Levadura de confianza en medio de la humanidad

A finales de este siglo XX hay quienes viven aprisionados por la espiral del miedo. Sus capacidades creadoras están congeladas por el terror. Y se dejan hundir.

Es verdad que las cuestiones planteadas para conseguir la paz en toda la humanidad tienen una complejidad y amplitud que dejan sin aliento.

Muchos cristianos y muchos no creyentes, lejos de dejarse llevar por el vértigo, tienen una conciencia viva de haber entrado en la hora veinticinco, en la aurora de un futuro completamente nuevo. Logran el discernimiento de las urgencias. Se preparan para superar el viraje de la historia, asumen esta nueva civilización, son levadura de confianza en medio de la humanidad.

¿Tener miedo de los espectaculares desarrollos científicos y técnicos? No. La ciencia y la técnica pueden construir o destruir, todo depende del uso que se le dé.

La ciencia y la técnica son muy beneficiosas cuando dejan entrever las ilimitadas posibilidades engendradas por la capacidad humana.

Métodos de producción alimenticia, desconocidos hasta ahora, van a ofrecer soluciones allí donde el hambre reina de forma endémica: ¿acaso no se empiezan a producir proteínas a partir de las algas, e incluso dentro de poco con bacterias, y a doblar su cantidad en veinticuatro horas? Los grandes descubrimientos alivian o curan los sufrimientos físicos y morales. Una civilización universal apoyada en los nuevos medios de comunicación, como la informática y los satélites, crea un mundo donde las fronteras quedan superadas.

Es esencial conocer todo esto para no quedarse pasivos: los “¿para qué?” quitan el gusto por adquirir conocimientos con vistas a estar entre los que construyen.

Por otra parte también es verdad que las técnicas científicas pueden destruir. Inverosímiles fuerzas de guerra son capaces de aniquilar una parte de la humanidad. Los pueblos llegan a hundirse en un océano de miedo, aterrorizados por la visión de un futuro apocalíptico que nace de las violencias, las injusticias y las amenazas destructoras.

Sin embargo, toda la familia humana quiere la paz, no la guerra. Es ínfimo el número de los halcones que quieren la guerra; en cambio, son multitudes quienes están dispuestos a ser fermento de confianza entre todos los pueblos de la tierra.

Un cristiano no es ni optimista ni pesimista. Pero sabe que la historia no es únicamente una serie de causas y efectos mecánicos que la conducen a un determinismo implacable. La historia deja también su lugar a las fuerzas intuitivas.

Sin rehuir las leyes deterministas, indispensables en su búsqueda, algunos científicos, agnósticos o no, disciernen límites, discontinuidades y hasta algo imprevisible. El siglo del determinismo se vuelve humilde en sus investigaciones y es posible que desemboque en un siglo XXI con una fe profunda.

En este fin de siglo en el que el tecnicismo y la secularización transmiten una duda subyacente a todo, se plantea una pregunta: ¿Es la secularización con las corrientes que conlleva, entre otras la abolición del lenguaje simbólico, una enfermedad de la sociedad?

Hoy ya se puede percibir lo inesperado: esas corrientes pueden ser modificadas, transformadas, transfiguradas. En cada persona se esconden energías creadoras que son alimentadas por la pasión de una vida interior. Lejos de soportar los más duros acontecimientos llega a ser posible construir también con ellos.

No sólo los acontecimientos felices sino también las situaciones menos soportables, e incluso los fracasos, pueden llegar a ser elementos motores. Las energías creadoras se ven reactivadas por ellos con vistas a una transfiguración del mundo.

El soplo de Dios atraviesa de tal manera el mundo contemporáneo que, en el corazón de una civilización que exalta los medios de poder y de consumo, se traslucen signos de otra civilización.

He aquí uno de estos signos: se está produciendo un despertar sin precedentes de la conciencia cristiana en lo que concierne al compartir.

En otros tiempos, los cristianos parecían estar alejados de las preocupaciones por la justicia, los derechos humanos o la distribución equitativa de los bienes materiales. Hoy, cada vez son más numerosos los que, estando atentos a los olvidados de la sociedad, buscan soluciones para ellos.

Se ha iniciado un proceso de simplificación en lo que se refiere a ciertos grandes medios materiales de que disponen algunas instituciones eclesiales. Este proceso comienza a hacerse patente en los países del Sur de Europa. Es un paso irreversible que poco a poco se irá extendiendo.

Aquellos que, desde hace tantos años, a tiempo y a destiempo, pedían esas transformaciones para dar mayor credibilidad a la fe, están agradecidos.

Creyentes y no creyentes, casi todos saben que una de las condiciones para la paz mundial es hacer una distribución más equitativa de bienes entre los países ricos y las regiones desfavorecidas.

Dos aspiraciones complementarias hay por todas partes: unos desean un compartir, sin más retrasos, con aquellos que están despojados de todo; otros quieren actuar a lo largo plazo modificando las estructuras de la sociedad.

El compartir, lejos de ser una asistencia, es un don de sí.

En la confianza del corazón, una de las alegrías más puras del Evangelio es la de simplificarse interiormente, lo cual lleva a simplificar más la propia existencia y a compartir: compartir con los hombres en la tierra.

Simplificar y compartir no significan nunca optar por una austeridad severa, llena de juicios sobre los otros.

Sin creación artística triunfarían las corrientes del puritanismo con su cortejo de mala conciencia. El mismo arte procede de Dios.

Hay manos de artistas que permiten descubrir rostros evangélicos, como el de Cristo o el de la Virgen María, hasta el punto que una simple mirada ya hace presentir el misterio de Dios. Y en la música puede ocurrir que lo indecible nos conduzca a la oración y se levante el velo de lo inefable de Dios.

Espíritu de Dios vivo, aquí estamos, en espera. Saber que tú rezas en nosotros reanima nuestra confianza.

Para acogerte nos pides una gran sencillez de corazón, hasta el punto de presentarnos tal como somos, negándonos a llevar cualquier tipo de máscara, o cualquier otra cosa que vele tu reflejo depositado en cada uno.

Y lo que nos pides tú nos lo das: feliz el limpio de corazón, porque verá lo que es de Dios.

Salir del estancamiento

En estos años en que las sociedades contemporáneas pasan de una crisis a otra, con un ritmo cada vez más acelerado, también los cristianos se sienten sacudidos. Conocen la sutil enfermedad de las disgregaciones.

Es más grave aún el peso de las separaciones confesionales cuando el número de personas que no conocen a Dios crece de manera vertiginosa.

Cuando los cristianos se encierran en paralelismos confesionales, rivalidades o en una competición, lo mejor de cada uno se ve neutralizado. Y queda una tristeza.

Las palabras de Jesús llegan a tener una extraordinaria actualidad: si cuando vas a presentar tu ofrenda al altar recuerdas que alguien tiene algo contra ti, déjalo todo y ve primero a reconciliarte.

“Ve primero.” No dice: “Déjalo para más tarde.”

¿No tendrá la noble vocación ecuménica que dejarse transfigurar por el milagro de una reconciliación no dejada para más tarde?

Estamos más allá del período de los pioneros. Para curar las heridas antiguas y recientes, es urgente que la vocación ecuménica dé un nuevo giro. La vocación ecuménica ha tenido la capacidad de crear relevantes organismos de diálogo, muchas comisiones y grupos de búsqueda. Pero para darle un nuevo giro, se impone que todos esos recursos, todas esas estructuras, toda su inteligencia espiritual, se dejen transformar en una capacidad de reconciliación inmediata.

Renunciar a permanecer en caminos paralelos, no mirar hacia atrás, perdonarse... he aquí el foco ardiente.

Hace veinticinco años, al anunciar el concilio Vaticano II, Juan XXIII pronunció palabras que abrían una perspectiva de reconciliación: “No intentamos saber quién se equivocó y quién tuvo razón. Reconciliémonos.”

En vísperas del concilio nació la gran esperanza de una reconciliación, sin tardanza, de las Iglesias no católicas con la Iglesia de Roma. En los años que siguieron, el espíritu de la unidad favoreció nuevas comprensiones y amistades. Después se escribieron relevantes documentos teológicos.

Pero, con el tiempo, se comprobó que la reconciliación de las Iglesias no católicas con la Iglesia de Roma quedaba como proyectada hacia un futuro más o menos lejano.

Quizá sean mucho más numerosos de lo que se cree quienes han deseado esta reconciliación. Y bastantes prosiguen con las perseverantes búsquedas teológicas o los múltiples diálogos

entablados por las instituciones ecuménicas. Sin embargo permanece siempre el peso de la historia que ha creado una especie de rechazos irracionales.

Si hay tantos imposibles, ¿para qué albergar esperanzas ilusorias o alimentarlas en el pueblo de Dios?

Dios no condena a nadie al inmovilismo. Él no cierra nunca los caminos, sino que siempre abre nuevas sendas, aunque a veces sean estrechas. Y se plantea la pregunta: ¿Cómo escapar de este callejón sin salida? ¿Dónde encontrar el camino, aunque sólo fuera un pequeño camino para un período cambiante, que condujera hacia una reconciliación sin retrasos?

Este camino existe. No es una senda con una solución fácil. No se trata de una nivelación de la fe, ya que supondría tener siempre una misma fe, un mismo pensamiento, una misma esperanza.

Este pequeño camino no puede ser otro que un paso personal, es un camino interior, el de una reconciliación dentro de uno mismo, en su propia persona.

Sin humillaciones para nadie, sin ser símbolo de negación, es posible acoger dentro de sí mismo la atención a la palabra de Dios, tan amada en las profundidades de las familias eclesiales que proceden de la Reforma, y los tesoros de la espiritualidad de las Iglesias Ortodoxas, con todos los carismas de comunión de la Iglesia católica, disponiéndose día tras día a confiar en el misterio de la fe.

A lo largo de muchos siglos, desde los comienzos de la Iglesia, desde María y los Apóstoles, la maternidad de la Iglesia era una. Y esta maternidad sigue siendo una. Ella no se borra cuando, en un momento dado, llegan las separaciones.

Alabado sea el Dios vivo por la multitud de mujeres, hombres, jóvenes y niños que a lo largo de la tierra buscan, luchan y dan su vida para ser portadores de reconciliación.

Por medio del arrepentimiento del corazón y el espíritu de sencillez de las bienaventuranzas, tú quieres revestirnos con el perdón como si de un vestido se tratara.

Concédenos acoger las realidades del Evangelio con un corazón de niño, un corazón muy sencillo, y descubrir tu voluntad que es amor, y no otra cosa.

En esos instantes en los que Dios es todo

Mantenerse ante Dios, con la pasión de una espera, no sobrepasa la capacidad humana.

La contemplación se percibe, a menudo, como lo opuesto a la acción. Así sería pasividad, huida lejos de las luchas esenciales. Pero tenemos la respuesta de los hechos: cristianos que rebosan del don de sí mismos están comprometidos de forma arriesgada y se mantienen en las mismas fuentes de la contemplación.

¿Qué entender por contemplación? Nada más que esta disposición en la cual la persona está completamente sobrecogida por el asombro de una presencia. Cuando el ser humano comprende, con su inteligencia, la amplia realidad de la belleza de las cosas, puede tener un sobrecogimiento, pero, ¡qué parcial! Por la realidad del amor de Dios, el ser está como sobrecogido por completo en su misma efectividad.

Hay quienes se encuentran oprimidos por el sentimiento subjetivo de un silencio de Dios, como si la presencia de Dios estuviera ligada a la sensibilidad, a lo que se puede experimentar.

¿Lo habrán olvidado? Él está también ahí, en el momento en que el fervor se disipa y las resonancias sensibles se desvanecen.

Llegará el día en el que cada uno sabrá y quizá lo dirá: no, no era él quien se había alejado, era yo el que estaba ausente, él me acompañaba.

Y sobreviven los instantes en que Dios es todo.

Antes de que hubieras nacido, yo soñaba contigo – dice Dios –.

Cuando comprendemos que Dios es el primero que nos ha amado, no podemos hacer otra cosa que rasgar el velo detrás del cual nos escondíamos.

Aquí la piedra de toque es el amor. En íntima relación con el amor de Dios, la contemplación conduce a amar al prójimo. El evangelista Juan pone en guardia, contra la hipocresía del que con los

labios dice amar a Dios, pero esconde en su corazón el odio a sus hermanos. Un amor a Dios se autentifica con el amor manifestado a aquellos que nos han sido confiados.

Dos hombres han recibido la misma llamada contemplativa. En uno de ellos el sentido del perdón se adormece, y la vida entre los seres humanos llega a hacerse difícilmente soportable. En el otro, las dificultades de la lucha codo a codo, lejos de detenerle, le hacen reemprender la marcha, y sólo llegan a contar las entrañas de misericordia y la confianza del corazón.

A ti, Jesús, el Resucitado, darte nuestra confianza es vivir en el momento presente, y no en otra parte.

Nuestro pasado está escondido en el corazón de Dios, y tú te has ocupado ya de nuestro futuro.

Cuando todo incita a dejarte a un lado, tú estás ahí. Tú, el pobre y humilde de corazón, rezas en nosotros. Sin cansarte nos dices: "Mi amor por ti no desaparecerá nunca. Y tú, ¿me amas?" Y nosotros balbuceamos nuestra respuesta: "Tú lo sabes, yo te amo, quizá no como yo quisiera, pero yo te amo."

Roger, F. "Pasión de una espera". Ed. Herder, Barcelona, 1985

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr